

**REFLEXIONES HISTÓRICAS EN TORNO A LAS
RESEÑAS DE ALFREDO JOCELYN-HOLT
Y ROLF LÜDERS SOBRE EL LIBRO
MERCADERES, EMPRESARIOS Y CAPITALISTAS
(CHILE, SIGLO XIX)***

Gabriel Salazar Vergara

I

Las Ciencias Sociales y Humanas están constituidas, en lo esencial, por trabajos cognitivos realizados sistemáticamente (con arreglo a principios epistemológicos y metodológicos adecuados) tendientes a responder e iluminar las preguntas existenciales que los múltiples actores que componen la sociedad se hacen *sobre sí mismos* (como

GABRIEL SALAZAR (1936). Doctor en Historia Económica y Social en la Universidad de Hill (Reino Unido). Premio Nacional de Historia 2006. Profesor de historia en las facultades de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, Santiago (Gabrielsalazarv@gmail.com).

* Respuesta de Gabriel Salazar a los comentarios que Alfredo Jocelyn-Holt y Rolf Lüders le hicieron a su libro *Mercaderes, Empresarios y Capitalistas* (Chile, Siglo XIX) en *Estudios Públicos* N° 121 (verano 2011). (N. del E.)

individuos, grupos, clases o comunidad) y sobre sus relaciones recíprocas, con tiempo detenido, o en movimiento. No estudian, pues, ‘objetos’ (como las ciencias naturales) sino ‘sujetos’. Y sujetos, además, ‘sociales’ (esto es: racionales, interactivos, deliberantes e interdependientes entre sí). Por tanto, lo que las Ciencias Sociales y Humanas estudian son seres que *viven interactuando* en sociedad. Los unos de cara a los otros. De este modo, las ‘verdades’ que van surgiendo de esos estudios forman parte orgánica de esa interacción, del diálogo permanente que sostienen entre sí. Y les son útiles para comprender la cambiante realidad concreta que los envuelve, las dificultades que los unen o los separan, la convergencia solidaria que los promueve, o el conflicto que los contrapone y desbarata. Y comprendiéndose a través de esas verdades ‘laboriosamente construidas’, pueden aspirar, eventualmente, a lograr un nivel superior de convivencia y bienestar común. Las Ciencias Sociales y Humanas forman parte, pues, del diálogo cívico (oral y escrito) que toda sociedad tiene y mantiene consigo misma para administrar, perfeccionar y humanizar sus relaciones internas.

Como se sabe, en la antigüedad clásica y neoclásica, algunos sabios postularon la divisa idealista de ‘la ciencia por la ciencia’. La majestad del conocer por el conocer mismo. La intelección de verdades últimas, válidas en sí y por sí mismas. El conocimiento humano aposentado a la diestra del de los dioses. Tan suprema divisa convirtió el objetivismo científico-social, de hecho, en una suerte de ritual sacralizado, y a sus ‘académicos’, en monjes virtuales del elevado monasterio (universitario) de la Verdad. El conocimiento, así purificado (la suma impoluta de todo eso), configuró una esfera superior, auto-contenida (la *Epistème* de los griegos), retenida por su lenguaje esotérico, sostenida por una jerarquía vertical, aristocráticamente refinada y categóricamente diferenciada del saber vulgar del barro, el estiércol y la calle: el de los ilotas, de los esclavos, gladiadores y plebeyos de toda la tierra (como la *Dóxa*, de los griegos); o sea: ese engañoso saber del fondo ciego de la Caverna (Platón).

En el vertiginoso vientre de la historia, sin embargo, “todo lo sólido se disuelve en el aire” (Karl Marx). E irrumpió sobre el mundo, desde el siglo XVIII, la atronadora locomotora del capitalismo industrial, que acosó y acribilló por igual a patricios y plebeyos, inyectándoles uno a uno su interminable elixir de “cosas nuevas” (“*rerum*

novarum!”, exclamó, sorprendido, León XIII). Y fue así como retejió, tensando hasta el límite, el cordaje social, la vieja textura de la comunidad humana. Y pulverizó las enhiestas monarquías de origen divino para construir, sobre las arenas movedizas que quedaron, el Estado moderno. Y al hacer eso y mucho más fue revolcando, sobre los salinos malecones portuarios, bajo la herrumbre de los tranvías urbanos, entre las pocilgas proletarias y el alto humo de las chimeneas, las prístinas verdades de la Cultura Clásica... *Y fue entonces cuando todas las preguntas cambiaron.* Cuando la mármorea academia fue ametrallada con preguntas salpicadas de barro, sangre y dinero. Preguntas en el límite profundo de la vida: sociales, urgentes, angustiantes. La Filosofía, envuelta en tráfago, vio agrietarse su clásica majestad, acotó su ilimitada universalidad y eliminó la escalinata de su olimpo tradicional. Y a través de sus grietas y fisuras saltaron a la vida, uno a uno, sus vástagos modernos: la Sociología, la Economía Política, la Psicología, la Estadística, la Planificación, la Historia Oral... La modernidad, jineteada por la tecnología industrial, *materializó* la vida de todos, tensionó las diferencias, desacopló el lazo comunitario, enloqueció los procesos e hizo explotar, no una sino una seguidilla de veces, las sociedades modernas. Todo en menos de un siglo (el XX): *dos* guerras mundiales, *una* guerra fría global, *una docena* de extremas revoluciones nacionales y, al menos, *dos* colapsos catastróficos de la economía capitalista. Por todo eso, ya en el umbral del incierto siglo XXI, la humanidad no está segura sobre qué piso histórico camina, dónde la llevan los procesos globales que la arrastran. Y ha sido por lo mismo que, desde la Primera Guerra Mundial hasta la crisis financiera actual (iniciada el 2008), ha brotado y se ha expandido la *filosofía reversa* de la humanidad, la *antítesis* del Olimpo clásico, el *cisma* de la fe ancestral: Oswald Spengler, Gustave Le Bon, Karl Jaspers, José Ortega y Gasset, Vladimir Lenin, etc. (primera generación), Michel Foucault, Jean Baudrillard, Zigmunt Baumer, Ulrich Beck, etc. (segunda generación) quienes, en conjunto y en diversidad, han proclamado la decadencia de la civilización, la explosión de las masas, la negación y muerte del sujeto social, el colapso de las utopías (crisis de los “grandes relatos”), la expansión del sin-sentido, la individuación infinita bajo el Mercado, la competitividad a muerte por el estatus y el confort, la sociedad inflamada por el riesgo, la mercantilización contable de la educación (*paideia* a la venta), etc.

El contexto histórico del ‘clasicismo’ ya no existe. La humanidad extravió el mármol de su edad clásica. Por eso, todos los seres humanos, *todos* (patricios y plebeyos, sobre-valorados empresarios y sub-valorados “flaites”), encadenados hoy a la humanidad damnificada que dejó en herencia la irracionalidad galopante del siglo XX, tienen derecho a saber quiénes son, dónde están, quién los domina, cómo pueden humanizarse, a quién dominan, a quién dañan, a quiénes aman o a quiénes torturan, a dónde los lleva el sin-sentido de la historia actual, qué pueden hacer por sí mismos, etc. Y tienen derecho a construir respuestas apropiadas a cada una de sus inquietudes; tanto los consorcios empresariales que necesitan toneladas de saber técnico para construir cinco represas en una región lejana y agreste, como los *hip-hoperos* de una población de La Granja, que necesitan toneladas de historia popular para fundar sólidamente el sentido social de sus canciones, para darles la proyección liberadora que necesitan los destinatarios a los que van expresamente dirigidas. Todos tenemos derecho a un saber científico-social porque, primero, *todos* somos seres cognoscentes y racionales (podemos por nosotros mismos investigar y construir verdad) y, segundo, *todos* tenemos preguntas urgentes que derivan del mismo tiempo “licuado” en que vivimos (Zygmunt Baumer), porque se ha perdido la trascendencia utópica, la consistencia solidaria, la transparencia ética de las iglesias, el impulso formal de humanización y la armonía vital con la naturaleza. ¿Por qué pretender que las Ciencias Sociales y Humanas son, todavía, el coto privado de los herméticos monasterios del saber, del esotérico sabio pre-moderno o de los infatuados seres palaciegos del pasado? ¿Por qué desconocer la capacidad y el derecho de la plebe a construir sus propias verdades históricas, sociales y políticas? ¿Por qué no aceptar, potenciar y perfeccionar el carácter *social* de las preguntas y el destino *social* de las respuestas?

Estamos sobre el vacío de sentido histórico dejado como herencia por el “corto” (y acelerado) siglo XX (Eric Hobsbawn). Por eso, *yo* necesito investigar “mi yo y mi circunstancia” (Ortega y Gasset). Por eso, *tú* necesitas lo mismo. Y puedo también —si lo necesito— investigar *a ti*, y, tal vez, *tú a mí*. Quiero saber, por ejemplo, por qué razón humana y social me has maltratado, no sólo hoy, sino ayer y antes de ayer. Y a mis padres y a mis abuelos. Y tú querías o deberías saber, supongo, por qué desconfío de ti, por qué me rebelo, te critico y conspiro contra ti por las calles. Deberíamos saber por qué dominas y por qué me

libero. Las Ciencias Sociales y Humanas nacen desde todos y cada uno de los sujetos sociales, como un coro de voces, de salida y de venida. Como una asamblea en diálogo entrecruzado. Como una conversación tensa pero rigurosa hasta las últimas consecuencias. Sincera. Sin tapujos. Es absurdo que algunos intelectuales se nieguen a aceptar que la ciencia social es, a todo nivel, socialización. Interacción. Derecho humano fundamental. Y que pretendan mantenerse en el Olimpo clásico pontificando como el viejo Zeus: *urbi et orbi*. Con desdeñosa ‘objetividad’ (mientras, por dentro, bajo sus bronce, les corroen y traicionan los intereses y angustias de su irrenunciable condición de sujeto de carne y hueso). Porque, hoy, cada cual necesita construir ‘su’ ciencia social y ‘su’ proyección histórica *hacia* otros y *hacia* todos, pero también la ciencia de los otros y su respectiva proyección sobre cada uno. Este ‘cada uno’ (que incluye la red social propia y su circunstancia) es hoy, para los efectos del conocimiento *socialmente eficiente*, tanto o más importante que la abstracta ‘totalidad sistémica’. Si la humanidad quiere realmente salir del estado de irracionalidad, conflictividad e incertidumbre que hoy la aqueja e inmoviliza, no tiene más remedio que estudiarse a sí misma, en diálogo permanente, “hasta que duela” (Alberto Hurtado S.J.).

Por eso, ser científico-social, en la actualidad, conlleva el imperativo epistemológico y ético de reconocer públicamente *ciencia de quién* estoy haciendo, *para qué* la estoy haciendo y *a quiénes otros* necesito estudiar para entender bien lo que soy (somos) y lo que quiero (queremos), entre todos, ser en conjunto. Los que niegan la socialización transparente de la ciencia social, la democratización de la misma y se escudan tras principios supremos y sacerdotes custodios de alguna supuesta verdad absoluta, objetiva y eterna, u ocultan lo que realmente hacen (¿para qué?) o están jugando, por lealtad a algún lejano ancestro nobiliario, *l'enfant terrible* del sempiterno patriciado.

II

Los *vencedores* en la liza combatiente de la historia —se ha dicho— no sólo escriben para sí mismos la historia de ‘su’ triunfo, sino que también la imponen, para la posteridad, como la historia ‘general’ de todos. Como *la* verdad suprema (*epistème*), a la vez, de la ciencia y la nación. Operación compleja que, de paso, sepulta en el olvido pú-

blico y, al mismo tiempo, en el resquemor privado, la memoria de los perdedores (*dóxa*). Y lo mismo que en el mito de la Caverna (Platón), los vencidos quedan encadenados —condena perpetua— a ‘la sombra’ de los vencedores. Sujetos, además, a la prohibición oficial de convertir la memoria de *su* derrota en Ciencia, y *su* resquemor en Política. Por eso, mientras los vencedores generalizan y totalizan las letanías de su victoria al extremo de olvidar y desconocer la particularidad y especificidad de su real condición social de origen (porque, vencedores y todo, no dejan de ser ‘uno entre otros’ en la sociedad real), los perdedores (que por origen y naturaleza son también ‘uno entre otros’) deben, por los siglos de los siglos, como maldición ontológica, perseverar en la a-historicidad de su derrota y la a-cientificidad de su resquemor. De modo que hacer ciencia e historia desde *lo particular* (el fondo de la caverna) a *lo general* (la luz que irradia ‘la’ verdad) queda vedado y penado: sólo se permite el tránsito inverso: *de lo general a lo particular*. Petrificando en estatua de ceniza el gesto triunfal del vencedor sobre el vencido. ¡La sombra no produce luz!... Así, la historia como proceso y la Historia como Ciencia se constituyen como un coto reservado, exclusivo y excluyente, *de la elite vencedora (no trespassing!)*: es el condominio de su ‘residencia’ platónica.

Es lo que se puede observar, casi en calco, en la historia real de la Historia de Chile: Diego Portales y su minoritario *patriciado mercantil*, con la ayuda eficaz de un ejército mercenario, derrotaron a Ramón Freire y su mayoritario *pipiolaje democrático* en la batalla de Lircay (1829). Los vencidos fueron arrojados sin más del Estado y de la Ley. En ese contexto, Diego Barros Arana (hijo de un gran mercader socio de Portales) escribió la ‘historia general’ de Chile en clave de ‘ese’ triunfalismo, heroificando a los vencedores y denostando a los perdedores. Así, mitificando el ‘orden portaliano’, la ‘ciencia clásica’ de Chile (fundada por Andrés Bello y el dicho historiador) se mitificó también, por osmosis elitista, a sí misma. Y devino, por tanto, en el gran mito de la Patria: supino y bello, desafiante, indestructible. Ante él, los vencidos, como es natural, no se atrevieron a ‘generalizar’ sus recuerdos, y si llegaron a hacerlo —lo hicieron—, fue entre bambalinas, en puntillas, cuchicheando y reconociendo, obsecuentemente, la indudable “genialidad política” del líder vencedor: *don* Diego Portales (es lo que hicieron Federico Errázuriz, Victorino Lastarria, Domingo Santa María, Benjamín Vicuña Mackenna, *medio siglo después de Lircay*). Pero esos tímidos recuerdos no pudieron (o no quisieron) salir de la caverna: sobre ellos cayó la obra

lapidaria de otro apologista, Ramón Sotomayor Valdés, que consolidó la *epistème* oficial, en caso de haber grietas en ella. Y sobre ella estucaron, en añadidura (por si hacía falta), Francisco Antonio Encina y Alberto Edwards Vives, que agregaron, a la mole clásica, escorzos emblemáticos de ingenio, estilo y renovación... Así, desde 1830 hasta 1949, nadie pudo o quiso desafiar y contravenir en serio, arrostrándolo todo, la luz suprema de la verdad: ningún prisionero salió airoso de la caverna. Y ninguno pudo refutar el libelo acusatorio que tipificaba su delito cavernario: *ser ontológicamente* pipiolo, peón-gañán, roto apestoso, china, puta, sirvienta, conventillero, anarquista, subversivo, comunista, socialista, chusma, indio, obrero, preceptora, siútico, etc.

Al fin, los que sí se atrevieron —¡a medio siglo XX!— a desafiar la luz oficial (Julio César Jobet, Marcelo Segall, Hernán Ramírez, Fernando Ortiz, Luis Vitale) tuvieron que hacerlo inspirándose en los prisioneros que se liberaron en *otras* latitudes, y en los científico-sociales que denunciaron la Caverna *en general* (Karl Marx, Federico Engels, Rosa Luxemburgo, Vladimir Lenin, etc.). Por eso, los “ensayos” e “historias” publicados por aquellos historiadores se abrieron paso con dificultad. Entre resquicios. A contra-corriente. Las universidades los miraron con sospecha pues portaban un virus letal: la “*ideología totalitaria*” (es decir, la ciencia del tránsito prohibido: el de la particularidad encarcelada a la liberalidad de los sistemas). Y fueron fichados como subversivos, agitadores y revolucionarios (para efecto de “seguridad del Estado”) todos los comunistas, castristas, maoístas, anarquistas, guevaristas, miristas, ultra-izquierdistas, termocéfalos, humanoides, etc. “¡Proscritos escapados de la Caverna: se buscan! ¡Bajo orden de arresto y permiso para matar, de ser necesario!”, pensó en sus adentros más de algún político de fachada demócrata... Por eso, ante la amenaza que rondó las altas tradiciones del país, ‘la luz’ de las alturas fulminó su rayo celestial: el “terrorismo de Estado”. *Todos* los historiadores ‘marxistas’, todos, fueron exonerados, aprisionados, perseguidos, torturados, desterrados (el ‘rayo celestial’ no es un chiste). Y Fernando Ortiz Letelier —uno de ellos— fue salvajemente asesinado. Sin embargo, en añadidura, encima de esa generación ya ‘derrotada’, la historia oficial decidió, todavía, ejecutar ‘otro’ re-estucamiento monumental, y advino Gonzalo Vial Correa, gran historiador, que re-escribió con mano modernista —y clásica soltura señorial— la historia ‘general’ de Chile, mientras disparaba, con mano conservadora, desde las casi bi-centenarias

troneras de *El Mercurio* (y de su clon: *La Segunda*), saetas ‘ideológicas’ contra todos los proscritos del país.

Y fue así como los proscritos y sospechosos fueron encerrados, de nuevo, en el fondo de la Caverna. Sin saber por cuánto tiempo (“¡fin de la historia!”, dijo Francis Fukuyama). Pero esta vez, en ese fondo, con su mismísima sombra a perpetuidad, los ‘prisioneros’ han sabido (fue sólo ayer) construir *memoria, sociedad y ciencia*. Una ciencia reclusa de re-humanización. Una verdad íntima, inter-subjetiva. Una auto-educación en amistad. Solidaridades subterráneas. Razón histórica de particularidades, memorias e identidades en expansión. Con gritos de ayer (terror) y cánticos de hoy (vida). Y de aquí ha surgido una nueva e inundante ‘cultura popular’: ancha y profunda, propia y coral. De donde han brotado numerosos vástagos ‘legítimos’: la Educación Popular, la nueva Música Popular, la nueva *Historia Social de Chile*, la nueva Política Popular (la de los “pingüinos”, *punks*, *hip-hoperos*, *okupas*, ciudadanos, etc.) y otras ‘disciplinas’. Sobre todo, desde 1980 en adelante (“¡fuerza de los ‘80s!”, rugieron *Los Prisioneros*). Y nada de eso se dedujo de la cenital ‘ciencia clásica’, sino de la sombra, la memoria y la camaradería, reptando en todas direcciones, por capilaridad (“el topo de la historia”, dijo Karl Marx), desde el bajo fondo de la ya ‘querida’ Caverna. *Haciendo luz entre todos* al caminar, aquí, allí y allá, desde abajo, en lateral y, si es necesario, también, hacia arriba. Para iluminar la caverna, sí, pero también para guiarse fuera de ella... Y es dentro de este tropel donde hoy marchan nuevos historiadores, *dialogando* ciencia social con propios y con ajenos, a diestra y a siniestra (Julio Pinto, Angélica Illanes, Sergio Grez, Pablo Artaza, Igor Goicovic, Mario Garcés, Leonardo León, Daniel Faure, etc.). Estudiándonos y estudiándonos, a nosotros y a ustedes: necesitamos la verdad de todos. Queremos construir, social, democrática y racionalmente —sin torturadores ni torturados, en razón social pura— la realidad que queremos (todos). *That’s it*. Es nuestra identidad, y por tanto, también, nuestro derecho.

III

El comentario del profesor Alfredo Jocelyn-Holt al libro *Mercaderes, Empresarios y Capitalistas* se compone de un texto y un pretexto, donde este último es, por paradoja, la reseña propiamente tal del

libro de marras. El ‘texto’ (corpus) central de su escrito, en cambio, es un retrato hablado (*ad hominem*) de su autor, en tanto que ‘autor’. No cabe sino reconocer el gesto de haber escrito tal retrato (no es usual en nuestro medio), con una sutil mezcla de empatía y resabio crítico, como un fichaje bio-historiográfico del autor que —es preciso decirlo— a ratos, es de penetrante y notable factura. Casi un modelo... *Chapeau!*

En esta reflexión, sin embargo, no nos extenderemos sobre el ‘texto’, sino, más bien, sobre el ‘pre-texto’, dado que la tarea consistía en debatir en directo sobre el libro mencionado. Con todo, comentaremos los aspectos tratados en el ‘texto’ que hagan referencia a las coordenadas epistemológicas o hermenéuticas que enmarcan el libro reseñado en el ‘pre-texto’. En algún futuro, próximo, o no tan próximo, replicaremos la pintura bosquejada en el ‘texto’ mediante el contra-retrato hablado del ‘pintor’.

En síntesis, el profesor Jocelyn-Holt señala que *Mercaderes, Empresarios y Capitalistas* es un libro de “tesis” que, en función de ésta, da “palos” a los nacionalistas, “palos” a los liberales de todos los tiempos, “palos” a los conservadores, “palos” a los colonialistas, pinochetistas y concertacionistas, etc. Sólo el capital extranjero se salva de los palos, mientras a los desarrollistas se les hace, sólo, un guiño de ojos. Por eso, concluye, esta “tesis es insostenible”, “se pega demasiados saltos anacrónicos”, “presume continuidades que no pueden ser”, y es “monocausalista”, “dependentista” y “simplista”. Y que “desvaloriza la autonomía de lo político”, etc.

Es evidente que el reseñador, en las tres páginas de su ‘pre-texto’, redujo *Mercaderes, Empresarios y Capitalistas* (“resumir es ridiculizar”, escribió Oscar Wilde) a una tesis no sólo “simplista”, sino, además, histórica, que se va de *paliza* (“a garrotazos”, aconsejaba Diego Portales en sus epístolas políticas) con todos los actores relevantes de la historia de Chile, menos uno: el capital extranjero. De acuerdo a esta operación reseñadora, la tesis (que, se implica, es pre-concebida y, por tanto, aplicada) es resumida del siguiente modo: la modernización en Chile *no* fue promovida en el siglo XIX por la elite local, sino por empresarios extranjeros —en consecuencia, por vía *económica*— y con la complicidad de un *Estado autoritario* (cuyas bases plantificó Diego Portales), lo cual dibuja una situación estructural de *dependencia* que, a todo lo largo del siglo XIX, no fue alterada.

Es preciso decirlo: las conclusiones de las investigaciones realizadas para el libro que se comenta *pueden* reducirse, en último análisis, a ese esquema. El comentarista —inteligente como es— captó *esa* posibilidad de reducción. Y si captó ‘esa’ posibilidad, es porque *los datos* que se exponen en el libro *no* conducen a *otra* posibilidad. Por tanto, pese al lenguaje que Alfredo utilizó para exponer su ‘reducción’ (algo resentido, algo caricaturesco y sin correspondencia con el lenguaje empleado en el libro), la reducción, en sí, es una imagen que podría operar como ‘la’ conclusión final del trabajo.

Distinta situación es la reacción del comentarista ante esa ‘reducción’: la rechaza como “evidentemente insostenible”. Pero *no* entrega datos *ni* argumentos historiográficos concretos para refutarla. Sólo plantea adjetivaciones impresionistas. Dice, por ejemplo: “se pega saltos anacrónicos”, es “monocausalista”, “simplista”, “desvaloriza la autonomía de lo político” y “no acepta cambios esenciales en el capitalismo”.

En verdad, es difícil debatir con adjetivaciones que no ponen sobre el tapete nuevos datos o razones probatorias de algo. Pero es posible, de todos modos, comentarlas trayendo a colación los encuadres epistemológicos y los objetivos específicos que presidieron la investigación realizada:

1) *Mercaderes, Empresarios y Capitalistas* no fue pensado para ser un libro que siguiera, en línea mecánica, un desenvolvimiento cronológico, sino para investigar (con rigurosidad empírica) los *engarces neurálgicos* del sistema económico-social sobre el cual reposó el sistema político establecido dictatorialmente en 1829 y ‘cambiado’ un siglo después: en 1925. Engarces que, si bien reconocen un orden cronológico y un emplazamiento estructural, tuvieron y tienen una raíz explicativa propia, razón por la que giraron críticamente sobre sí mismos en momentos, lugares y períodos determinados, influyendo decisivamente en la marcha económica global del país. Por eso el capítulo I examina, primero que nada, el ‘engarce’ doméstico y familiar de los *sujetos sociales de carne y hueso* que promovieron la acumulación mercantil a comienzos del Siglo XIX, para conocer sus fortalezas y debilidades humanas. Y por eso mismo el capítulo II examina, también a nivel de acción social y económica los *mercaderes extranjeros (consignees, etc.)* que inmigraron al país entre 1810 y 1850, logrando establecer en corto plazo una fuerte supremacía en la economía nacional. El capítulo III

estudia, utilizando las únicas fuentes nacionales y extranjeras disponibles, el *impacto* de esa inmigración en el plano del comercio exterior y en el sistema monetario, donde la supremacía de los *consignees* se tradujo en fuertes desequilibrios de las variables económicas involucradas. El capítulo IV enfoca el *mercado interno*, a efectos de analizar el comportamiento del ‘gran empresariado nacional’ (en realidad, la “aristocracia castellano-vasca”), en el contexto crítico reseñado en el capítulo anterior, respecto a las ‘clases productoras’ naturales del país (labradores, inquilinos, pirquineros y artesanos), comportamiento que no fue precisamente de alianza e integración, sino de expoliación y conflicto. El capítulo V se detiene de nuevo en el ‘gran empresariado nacional’, para examinar, esta vez, su *genealogía histórica* (que lo identificó profundamente con el mundo europeo), sus ancestros mercantiles, su *transformación empresarial* y los medios (sobre todo especulativos) de que se valió para *flotar*, como elite dirigente, sobre el tenso y desmedrado mercado interno. El capítulo VI se vuelca a estudiar la política adoptada por la elite nacional del siglo XIX frente a los *dos movimientos pro-industrialización* de ese período: el de los artesanos criollos y el de los ‘mecánicos’ extranjeros; donde el análisis probó que la naturaleza empresarial de la elite dirigente no era compatible con la industrialización en sí, lo que impidió que surgiera en el país una auténtica burguesía industrial. El último capítulo (VII) examina el desarrollo en Chile del *conglomerado mercantil extranjero* (de nuevo con fuentes internas y externas) y su poderosa influencia en la modernización del país en el período 1880-1930, sobre todo... Siendo ésa la estrategia de investigación y exposición del libro reseñado (es decir: múltiples biopsias aplicadas al interior de un mismo proceso), puede ser comprensible que, a una lectura rápida, el reseñador haya creído ver estrambóticos “saltos cronológicos”, impensables e ininteligibles para un enfoque historiográfico tradicional... Y que, por lo mismo, siendo un libro que examina de modo confeso los engarces *económicos* de la estructura social chilena del siglo XIX (¡de eso se trataba!), el reseñador haya sospechado que el autor ‘siempre’ investiga aferrado a una sola tabla explicativa (“¡monocausalismo!”), como diciendo que no hace sino seguir las líneas vulgarizadas del materialismo histórico...

2) El libro fue concebido como un conjunto de investigaciones empíricas múltiples que, eventualmente, podían converger y encontrar una lógica explicativa de lo ocurrido en Chile, en sus planos profundos,

en el siglo XIX. La posibilidad de que esas pesquisas convergieran y articularan ‘una’ explicación histórica dependía y dependió de que *los datos mismos* fueran construyendo esa posibilidad. Y nadie podría afirmar —suponemos que Alfredo tampoco— que el esfuerzo por acopiar *toda clase de datos* fue nimio, o que el acopio siguió nerviosa e ilustrativamente la senda trazada de antemano por la ‘tesis’ que se quería probar. Las fuentes fueron casi exhaustivamente revisadas. Y nadie se toma 34 años para probar una tesis ‘política’. Y menos ‘ideológica’. Es por lo mismo que el libro *no* incluyó un sistemático acápite de ‘conclusiones’, sino, sólo, un prefacio de tipo ensayístico y literario, que invitó y sugirió (provocativamente) a que el lector extrajera las conclusiones. Es cierto, sin embargo, que el remate convergente y conclusivo de varias pesquisas archivísticas que concurrieron sobre un mismo proceso histórico *pueden* ser resumidas como ‘tesis’. Verdad. Pero, en este caso, esa tarea no la hizo el autor, sino el reseñador¹.

3) El reseñador plantea que en el libro, debido al mono-causalismo (económico), no se considera la “autonomía de lo político” y que no se considera, tampoco, la capacidad de “transformación esencial del capitalismo”. A este respecto cabe señalar que lo que la crítica dialéctica ha planteado al marxismo vulgar (su economicismo unilateral) no consiste en afirmar categóricamente la autonomía relativa de ‘lo político’, sino la autonomía relativa de ‘lo cultural’. Pues, si bien es demostrable en la historia del capitalismo que la “existencia (material) determina la conciencia (social)”, lo que constituye la “clase en sí” (frases del viejo Marx), la historia de los movimientos revolucionarios demuestra, por su lado, que el cambio estructural por el que se lucha está determinado por el *desarrollo cultural* de la conciencia popular, plano en el que opera el marxismo científico, la memoria, la teoría histórica y la auto-educación (“clase para sí”, agregó el mismo viejo). Por eso en la historia social del capitalismo hay enajenación y liberación, dominación y revolución. Y por eso mismo el capitalismo tiende al cambio y la transformación, lo

¹ *Ninguno* de mis libros lleva un capítulo de ‘conclusiones’, porque ninguno es ‘de tesis’, sino de procesos históricos abiertos. Tal vez el libro *Mercaderes, Empresarios y Capitalistas* por su naturaleza especial (no se refiere a un ‘nosotros’ sino a un ‘ustedes’) pudo haberlo necesitado. Pero tres operaciones quirúrgicas que tuvo que realizarse el autor entre 2008 y 2009 impidieron, de un lado, incluir toda la información de que disponíamos para los capítulos VI y VII y, también, quizás, redactar algunas conclusiones. Fue preciso acelerar la redacción...

mismo que hacen sus críticos y revolucionarios. Todos cambian, dialécticamente. Sería absurdo negar la capacidad de transformación del capitalismo. Precisamente, *Mercaderes, Empresarios y Capitalistas* muestra los cambios y transformaciones del empresariado ‘capitalista’ chileno a partir de su origen colonial y, además, confirma que la elite del siglo XIX (la mítica “aristocracia castellano-vasca” & Co.) *no avanzó* de su fase mercantil-especulativa post-colonial a la fase industrial-financiera en que se hallaba el capitalismo nor-atlántico a fines del mismo siglo. O sea, la crítica que el libro hace a la elite chilena del siglo XIX es que, precisamente, *no se transformó* como debió haberlo hecho... Respecto a ‘lo político’, cabe hacer una precisión: es un grave error pensar que lo político es uno, homogéneo, indiviso y, además, convencional y que, en esta condición ‘es’ autónomo. La historia social de Chile muestra con claridad que hay *dos* niveles políticos de relevancia: a) el de la *representatividad* (el de los regidores, diputados, senadores, presidentes, ministros, funcionarios), que está sujeto a la ley constitucional y gira por dentro y en torno del Estado (dando figura y estampa a las ‘clases políticas’), y b) el nivel de la *soberanía* (que radica inherente e irrenunciablemente en la ciudadanía), que no está sujeta a ninguna legalidad, que trasciende la ley, el Estado y a los políticos, y cuya actividad fundamental es fiscalizar a sus representantes, revocar y juzgar sus mandatos y, sobre todo, ejercer el poder constituyente para cambiar y/o reconstruir el Estado. Se deduce de esto (esencial en la teoría política de la verdadera democracia republicana) que la política ‘de los políticos’ (o del Estado en sí) *nunca puede entenderse como plenamente autónoma*, puesto que la soberanía, y sólo la soberanía ciudadana, es la única que lo es. Es por esta razón que el libro *Mercaderes, Empresarios y Capitalistas* (y todos los otros que hemos escrito) se concentra, de preferencia, en los *sujetos sociales de carne y hueso*, puesto que éstos, y sólo éstos, constituyen la residencia natural y permanente de la soberanía. Una interpretación opuesta a lo anterior ha implicado e implica que los derechos y principios de la soberanía ciudadana son o pueden ser (y para algunos, deben ser) usurpados violentamente por alguna elite (es, lamentablemente, lo que puede leerse en la historia profunda, real, de Chile).

4) En cuanto al ‘texto’ (*corpus*) del comentario jocelyniano, cabe aislar algunas referencias de interés general para hacer, sobre ellas, algunas precisiones. En primer lugar, sobre el ‘supuesto’ de que este autor (junto con otros exiliados en Inglaterra) habríamos sido discípulos

y seguidores de la revista *Past & Present* y de autores como Edward Palmer Thompson (fundador de la nueva historia social inglesa). Implicando de paso que nuestro enfoque no es sino la versión *chilensis* de una perspectiva abierta en aquel país europeo. Lamentablemente —debemos decir, en bien de la verdad y de una cuestión epistemológica general—, *no fue así*. En mi caso, al menos, la perspectiva ‘histórico-social’ (sujetos de carne y hueso, pobres y ‘prisioneros’ del campo y la ciudad, etc.) la tenía indeleblemente sellada en mí desde mucho antes que tomara el avión a Inglaterra. Es que nací, me crié y viví hasta los 21 años de edad en la población *Manuel Montt* que, junto a la población *Los Tranviarios*, fue una solución habitacional diseñada, gestionada y financiada conjuntamente desde 1926 por dos sociedades mutuales: la de los Choferes de Taxi y la de las Obreras Tranviarias, en cooperación con la Caja de Habitación Barata que presidía a la sazón Jorge Alessandri Rodríguez. Tales poblaciones (12 manzanas en total) fueron construidas *en el centro* de una antigua chacra (“El Pino”), en la ribera norte del río Mapocho². Poco después de ser entregados, ambos conjuntos habitacionales fueron rodeados, en sus lados poniente, norte y sur, por densas poblaciones callampas. Hacia el este deslindaban, además, con el viejo callejón de Las Hornillas (hoy Fermín Vivaceta) y un barrio antiguo (Cañadilla) plagado de conventillos. A poca distancia se hallaba la “isla” y tres puentes del río Mapocho (Bulnes, Vivaceta e Independencia), donde se había instalado el ramal norte del “bajo fondo” de la capital (lanzas, pelusas, prostíbulos y hampones). Además, dentro de la zona estaban la Vega, el Mercado, y el “barrio bravo” (remate norte de las calles Bandera, Hurtado de Mendoza, San Martín, Bulnes y Maipú), etc. Huelga decir que la esquina adoquinada de mi casa (calles Los Ángeles y Cuatro Norte) se convirtió en ‘la’ plaza pública de toda clase de personajes populares: borrachos, delincuentes, niños huachos, mujeres solas, vagabundos, mendigos, etc. Mi madre, que colaboraba con la Acción Católica y la Hermandad de Dolores, visitaba todos los ranchos, conventillos, bajo los puentes y cárceles de la zona. Yo solía acompañarla. Y cuando yo mismo salía a la calle a jugar o iba a la escuela, me entremezclaba con ese abigarrado ‘bajo pueblo’, con toda su variedad de viviendas provisorias y todas sus miserias e indestructible ‘humanidad’. Y durante los 21 años que me empapé el alma con todo eso,

² Ambas poblaciones, por su singularidad arquitectónica y de origen, han sido recientemente declaradas “zona típica”.

nunca pude ver en los periódicos o en mis textos de estudiante lo que constituyó, para mí, la real memoria objetiva y subjetiva de mi infancia y primera juventud. De modo que, Alfredo, cuando llegué a Inglaterra, llevaba más conocimiento social del siglo XX chileno (remachado por la experiencia de los métodos de Pinochet) que todo el conocimiento que Edward Thompson pudo recoger de los archivos ingleses relativos a los siglos XVII y XVIII. Por eso, ni estudié a Thompson, ni leí *Past & Present*, ni quedaron incluidos en la bibliografía de mi tesis doctoral. Y que yo sepa, ni Leonardo León ni Luis Ortega (que también hicieron sus postgrados en U.K.) los incluyeron en sus respectivas bibliografías. Y fue irónico que, ya de vuelta al país (1985), todos los historiadores que se reunían fuera de la Universidad ya habían leído a Thompson y, convencidos de que yo había sido (¡obvio!) discípulo de él (también leyeron mi libro *Labradores, Peones y Proletarios...*), me solicitaron, con gran naturalidad, que les diera una conferencia sobre ese autor. Debo decir que fue José Bengoa el que me prestó los libros pertinentes para que yo preparara (mejor dicho: improvisara) esa impensada charla³... La moraleja de estos recuerdos es que la memoria y la ciencia de los ‘prisioneros’ de la Caverna de Chile también *pueden* hacer historia autóctona y rivalizar con la ciencia foránea. A contrapelo de la mayoría de nuestros historiadores de élite, que han dicho siempre que, en Chile, la ciencia crítica viene de Europa. Y que lo hecho aquí a ese respecto es extranjero: es el “comunismo internacional”... Sin otro comentario... *auto-chapeau*.

5) En segundo lugar, Jocelyn-Holt plantea que la Historia Social (que ‘reduce’ al caso ficticio y sin duda burlesco de “doña Peta”) ha terminado siendo (o es) una “letanía y lamentación auto-conmiserativa”. Sin tomar en serio el dejo señorial (típico de algunos “futes” del siglo XIX) que conlleva el fraseo de ese aserto, creemos que, de nuevo, en un aspecto fundamental, el reseñador intuye correctamente. Pues la Historia Social popular de Chile (que a juicio de todos los analistas serios de dentro y fuera del país ha sabido rescatar del olvido, en tres décadas y media, a la mayoría de los ‘seres cavernarios’ que la historia general de las elites ha mantenido por siglo y medio en sus mazmorras) ha debido, primero que nada, demostrar que los seres humanos marginales y derrotados *también* somos racionales, cognoscentes, sociales, pletóricos de

³ Véase nuestro trabajo *La Historia desde Abajo y desde Dentro* (Santiago: Facultad de Artes, Universidad de Chile, 2003), capítulos I y II.

cultura-sujeto, y, por tanto, *tan* soberanos e históricos como los “futres” (que, ufanos, demasiado ufanos, creen monopolizar todo para sí), sobre todo, *para* nosotros mismos. Y para eso hacemos historia científica (positivista, sí, pero, además, dialéctica), a efecto de que ella no sólo no nos olvide, sino que, además, *no nos mienta*. La auto-historia de los perdedores y victimados tiene, sin lugar a dudas, dosis altas de conmiseración (¿por qué no?), pues ella es —también sin duda— el punto de arranque, fundamental, de nuestra dignidad y altivez ciudadanas. Por eso mismo, la historia social es, a nuestra dignidad cívica, lo que la historia general es al narcisismo de los ganadores y victimarios. Y es bueno que sepas, Alfredo, que “doña Peta” lloró de orgullo cuando se dio cuenta, en un taller de historia popular realizado en el *resort* de Punta de Tralca del Arzobispado, allá por 1986 (plena dictadura), que su larga y tortuosa vida de conventillo era también parte *natural y legítima* de la Historia de Chile... La Historia Social, pues, en 35 años, ha completado ya la mayor parte de la descripción humana, histórica y cívica de los sujetos derrotados. Y tras la conmiseración, vino la altivez. O sea: el sentido de *soberanía*. A eso vamos. Directamente, sin rodeos. Pero es claro que la soberanía popular necesita *más ciencia* que la mera auto-descripción histórica (“conmiserativa”) de lo que fuimos y somos. Porque la verdadera soberanía necesita actuar, hacer historia, legislar, ejercer poder social y cultural sobre todo el país, y para hacer eso requiere conocer *todo* el entorno y estudiar, también científicamente, a *todos los otros*. En este caso, a ‘usted’ (quienquiera que sea). No estamos solos. No se trata de imitar burdamente la Historia General de los vencedores, en la que se ven, en su espejo cartesiano, sólo a sí mismos. La Historia Social ha entrado, por eso, a una *segunda etapa*: la del estudio de ‘los otros’. Es que es imprescindible que nos conozcamos todos, tal como somos, por dentro y por fuera, para comprendernos y tratarnos en conformidad a las perspectivas y lógica de todos. Aquí no se trata de ‘reducir’ al otro a una condición de derrotado, arrestado y torturado, para luego amordazarlo en alguna caverna, de por vida. No estamos esgrimiendo el mismo totalitarismo unilateral de los vencedores (“el garrote” de Portales, o el “corvo” y la “picana eléctrica” de Pinochet), no: lo que la Historia Social totaliza es su aspiración a la *humanización* de todos; porque, digámoslo claro: somos socialistas o comunitaristas, en el sentido profundo, por supuesto, de la palabra. “No temas, pues, fiero cicambro, que sigues adorando lo que siempre has adorado” (diría en este momento,

debidamente traducido y actualizado, algún reyezuelo merovingio). Por eso Alfredo intuó bien: si nos hubiéramos quedado reconociendo y lamiendo nuestras heridas a perpetuidad, estaríamos incurriendo en una esterilizante “letanía conmisericordiosa” o, lo que es peor, en una a-histórica ‘contemplación estética’ de nuestra marginalidad. Y por esto mismo es que el “topo histórico” (científico) de los ‘prisioneros’ avanza también en dirección al barrio alto, para escrutar por fuera y por dentro las cabezas peluconas de “los notables” (dijo Barros Arana). E insistimos: lo nuestro no es totalitarismo ‘á la pelucona’ (o á la neoliberal): no estamos excluyendo a los notables de nuestra historia, ni estamos sepultándolos en las espesas sombras del olvido: sólo los estamos estudiando en serio (¿me permite?), incluso reviviéndolos (“¡levanta tu verdadero cuerpo, Lázaro, y anda!”, dijo, probablemente, Jesús) en su auténtica desnudez humana e histórica, para poder tratarlos como corresponde, en una relación nueva, cruda, esencialmente humanista, efectivamente social (dialéctica) Y esto no significa, pues, que nos estamos mudando (medrando) a una Historia General de Chile, para imitar (siúticamente) las genialidades de Barros Arana, Pancho Encina, Frías Valenzuela, Gonzalo Vial y otros próceres de la Historia Oficial. ¡No somos arribistas, ni seamos ingenuos!... *So: no chapeau!*

6) Cuando denunciarnos el carácter ilegítimo del Estado constituido violentamente entre 1829 y 1833 por el patriciado mercantil liderado por Diego Portales, y cuando examinamos empíricamente los nudos económicos que sustentaron ese Estado hasta 1920 (más o menos) no hemos estado haciendo eso para *tomarnos de la cola* del ‘mito’ portaliano levantado por Barros Arana y sostenido hasta el día de hoy por, al menos, cuatro generaciones sucesivas de historiadores a-patriciadados. Entendemos —y en esto parece concordar nuestro amable reseñador— que los dichos historiadores construyeron *sólo el mito* del orden portaliano, *no* el orden portaliano mismo. Porque, entendemos también, aquél fue impuesto por el cuarteto (“cuatrereros cívico-militares”, dicho en solfa) formado por Diego Portales, Joaquín Prieto, Manuel Bulnes y Mariano Egaña; consolidado por el *tándem* Manuel Montt-Antonio Varas; defendido a sangre y fuego en 1837, 1848, 1851 y 1859, y *reacomodado* a sangre y fuego también (¿por qué, oh, mercaderes, militares y banqueros, por qué?) en 1891. Si el ‘mito’ fue levantado sobre *ese* proceso y sostenido perseverantemente por algo más de un siglo... *por algo fue*. “No por bolitas de dulce” (dijo Miguel Henríquez, explicando

la lucha armada). Sospechamos que había que exagerar un poco por aquí, mentir otro poco por allá y edulcorar lo de acullá, a efectos de poder legitimar lo i-legitimable, disimular cinco guerras civiles y 16 masacres, y esconder una crisis que se profundizaba día a día (económica, política, social) bajo los feéricos fastos patrióticos del Centenario (“crisis moral de la República... oligarca”, masculló entre dientes el senador Enrique Mac-Iver en 1901; “¡no!: ¡nuestra inferioridad económica!”, le corrigió Francisco Encina diez años más tarde). Nuestra intención, honesta a más no poder, era, es y será descolgarnos de los mitos, para acometer el toro por las astas. E “investigar hasta que duela”, no importa a quién (repetió Alberto Hurtado S.J.). *Chapeau* disponible.

7) ¿Por qué postular con tan obsesiva contumacia que el ‘sistema de haciendas’ ha sido la *única placenta parturienta* de la nación? ¿Por qué insistir en que la elite dirigente (“aristocracia castellano-vasca”) de fines del siglo XVIII *es la misma* del XIX, del XX y del XXI? ¿Qué afán de perpetuar, como crespón de la patria, *dudosos recuerdos* de grandeza? ¿Por qué suponer que las elites nos han *auto-modernizado* y *descolonizado* hasta las últimas consecuencias, que han y hemos sido creadores, innovadores, capitalistas de tomo y lomo, estadistas ejemplares y demócratas de exportación? ¿Para qué *maquillarnos* frente a nosotros mismos, que nos conocemos *taanto*?... Pienso, entre otras cosas, que debemos cercenar el cordón umbilical que, sobre todo en el magín elitista, nos ha amamantado desde nuestro origen —lo mismo que la Loba Romana a Rómulo, pero no a Remo— desde el Viejo Continente. Nuestra clase dirigente (que ha sido ‘circulatoria’, Alfredo, pero no eterna: los Errázuriz, los Irrarrázaval o los Edwards no fueron ni son lo mismo que los Paulman, los Cueto, los Luksic o los Angelini, aunque todos han sido y son, desgraciadamente, sólo, mercaderes especuladores, no industriales) no ha terminado aun de *nacionalizarse* por completo. Pues, al principio, se identificaron con su genealogía hispánica e imperial, con sus mayorazgos y títulos ‘de Castilla’. Después, se embriagaron hasta la última gota con las luces de París, la cultura clásica renacentista, la cultura gótica, romántica y la corte imperial de Napoleón III. No hace mucho, imitaron el *American way of living* (¡oh, los emprendedores!), y hoy vuelan por Cancún, Miami, Shangai, Silicon Valley, etc., paseando y comprando tecnologías digitales y modelos educativos (de Singapur, Taiwán o Finlandia), de modo que, al final, su verdadera nación ha sido y es el globo completo. Pero sin perder nunca, claro, ese aire selecto

copiado del *british spleen* o de *l'esprit parisien*, ni ese tenaz sentimiento de superioridad atávica que chorrea sobre esa siempre chata, gris y oscura masa de rotos, indios, flaites y torrejadas del bajo pueblo (doña Peta), tan parecidos siempre a lo que *no son* ellos... Sin duda, ha sonado la hora, caballeros, de desprenderse de esa mono-obsesiva 'añoranza patronal' (letanía equivalente a la rutinaria "conmiseración" de los marginales) por *las haciendas*, sobre todo por esa escena pastoril, bucólica, casi becqueriana, donde "el patrón", la *misia* matriarca y 30 o 40 primos de traza endogámica retozaban en "el fundo", entre los maizales, los trigales y los cerros, a caballo y en tílburí, en la más absoluta confianza de que estaban siendo *servidos a perpetuidad* (égloga social, paz rural) por unos 100 o 200 inquilinos, amén de sus mujeres y sus ocho o nueve hijos; los que —sabemos—, para no ser expulsados a la intemperie, preferían mantener, siempre, baja la cerviz, humilde la actitud, dispuesto el servilismo, callada la boca, desnudos los pies, en espera el estómago, mientras, dentro de sí mismos y a flor de su callosa piel, maldecían a sus patrones y a toda su emperifollada parentela (testimonios de Eduard Poeppig, Claudio Gay, Charles Darwin y de mi padre —que fue hijo de inquilino—, todos del largo siglo XIX). ¿Para qué *reducir* la larga y tortuosa historia de la hacienda a 'ese' recuerdo puntual, y olvidar su estrepitosa crisis económica posterior a 1910, o el incesante bandidaje rural que asoló impunemente los campos y ciudades chilenas desde 1780 a 1940, aproximadamente? ¿Por qué, si resultó un imperativo categórico realizar la reforma agraria (que eliminó la hacienda) desde 1962, a petición expresa de un alarmado Estados Unidos (guerra fría), y crear el Cuerpo de Carabineros (militarizado) en 1927, ante la desesperación histórica de los terratenientes frente al peonaje rural alzado y delincuente? Los victimados lamen (lamemos) maniáticamente sus (nuestras) heridas. De acuerdo. Vale. En contrapartida, los victimarios masturban las (dudosas) grandezas de su pasado. ¿O.K.?... Es preciso situarse en el tiempo presente. Además, poco a poco, en el futuro. Y en Chile, por supuesto. *Of course*.

IV

El comentario del profesor y economista Rolf Lüders revela, a primera vista, que leyó el libro capítulo por capítulo, con bastante aparente concentración. El resumen que realizó del mismo así lo revela. Lo

cual no cabe sino agradecer: no siempre los reseñadores leen con detalle libros como el citado, de 800 páginas. Nos hemos beneficiado, pues, de su probidad y seriedad académicas.

Lo sorprendente, en todo caso, al leer sus comentarios, es que da la impresión, a ratos, de que *no* lo hubiera leído; o mejor dicho: que *hizo caso omiso* de lo que allí leyó. Pues se trata de un libro de Historia y, por añadidura, de Historia Económico-Social. Y la Historia, en general, estudia ‘movimientos humanos’ en su composición factual, en la que actúan e interactúan variables de múltiple calidad y espesor (sociales, políticas, culturales, económicas, etc.), escurridizos eventos superficiales (“humo histórico”), fluctuantes procesos de mediana duración (coyunturas), y magmas lentos, profundos, casi invisibles (*trends*), según Fernando Braudel. Y todo eso, además, al interior de un mar humano de sujetos de diversa edad, clase, recursos y color. Y por si fuera poco, llevados y traídos por torbellinos de ideas, recuerdos, discursos, memorias profundas, verdades y mentiras, hechos y utopías. La historia es el intrincado mundo de *lo cualitativo*, el apretado remolino de la *vida*, donde todo se mezcla, donde todo gira y se revuelve, donde hasta el azar dice e influye más de lo que se cree o lo que se quisiera. Es la compleja *naturaleza* y la complejísima *sociedad* de los hombres y las mujeres (con sus niños y parientes).

La Historia no pretende ni quiere *reducir* ese mundo a una fórmula algebraica, de laboratorio. Los historiadores estudiamos los procesos o tendencias que sobresalen ‘de hecho’ entre todo eso, tal como vienen (o van), y los significados que los sujetos y grupos sociales les asignan; como también los sentimientos y valores que, positiva o negativamente, resultan de la dirección que llevan o traen. No nos importan sólo los hechos y datos ‘objetivos’, sino también las intenciones, los significados, las emociones, los valores, la alegría y el dolor que los acompañan y que, en última instancia, es la coloratura y esencia misma de la historicidad humana. La Historia es el instrumento por medio del cual los grupos sociales toman conciencia de los procesos (o tendencias) dentro de los cuales existen, precisamente para intencionar y hacer posible su cambio, su rectificación, su mejor orientación. *Nada de esto es, por supuesto, exacto. Preciso. Mecánico. Matemático. Pero todo es probabilidad. Apuesta. Acción. Riesgo. “Desafío y respuesta”,* dijo el muy inglés Arnold Toynbee, historiador, medio siglo atrás. El ser humano, felizmente, no es una máquina, ni un reloj, ni un arma de precisión: va

siempre a todo evento con un grado elevado de ‘ventura’, y la Historia nos revela que, al final, llevaba un grado alto de ‘equivocación’ (para él o para otros). Por esto, la Historia describe, recuerda: ¡téngase presente! (*magistra vitae*), pero también sugiere, critica, anima y se vuelve ella misma vida real y proceso. Acompañante. Orientación. Meta. Porque todo en historia son acciones y relaciones sociales, unas y otras libremente significadas y ejecutadas por millones de individuos diferentes. Las mismas que pueden ser orientadas en un sentido (dando vida, por ejemplo, a la Política), o en otro sentido (y crean el Arte y la Poesía), o en otro (y echan a andar la Economía), etc. Todos esos ‘sentidos’ constituyen campos cognitivos derivados de las acciones y relaciones sociales. Por eso, ‘lo económico’ no es sino *un* tipo de acción social (o de *un* tipo de relación social), y todo su significado real e histórico deriva, en última instancia, de una intención, subjetiva o inter-subjetivamente condicionada. La economía (lo mismo que la política o la sociología) está hecha *de* sujetos racionales, *de* actores de carne y hueso, estúpidos o geniales, ambiciosos o modestos, patricios o plebeyos, etc.

Por eso, cuando Rolf critica el libro porque *no* hicimos en él lo que el economista hace en su escritorio (“formulará un modelo, generalmente algebraico, en que relaciona las variables pertinentes en base a la teoría económica. Con ello se logra hacer en cada caso una proposición lógica, formal y rigurosa, que luego se puede someter a una prueba estadística... así se tiene una buena explicación del fenómeno”), simplemente no leyó un libro de historia económico-social: *sólo se leyó a sí mismo*. Y por supuesto, no encontró casi nada de lo que buscaba. No hay duda que, en todo caso, el libro lo sorprendió, en un aspecto u otro (los procesos cualitativos suelen asomar su expresiva cabeza por intempestiva irrupción en medio de las ecuaciones algebraicas, alterando factores, restas y divisiones), pero no lo suficiente como para darle un mínimo de credibilidad, porque, a final de cuentas, carece en lo absoluto “de una tesis” o de un “modelo” que lo respalde. “Los problemas existen sólo cuando la ciencia toma conciencia teórica de ellos”, dijo una vez, inspirado, Joaquín Brunner.

Lo cual es comprensible, porque el prisma que emplea Rolf para leer y comentar *Mercaderes, Empresarios y Capitalistas* es un cuadro estadístico (más bien tres gráficos) de su confección, en que compara el PIB por persona entre Chile y Estados Unidos desde 1810 a 2010, con el resultado de que: a) el PIB chileno “creció a una tasa mayor que

el de los EEUU"; b) mientras la tasa de pobreza decreció en Chile de modo consistente desde 1849 en adelante, la distribución del ingreso (según coeficiente Gini) mejoró de modo significativo desde esa fecha hasta 1913 y c) en Chile la economía liberal ha permitido incrementar de modo neto el PIB por persona, mientras el modelo ISI del período 1938-1970 (desarrollista, sustitución de importaciones) produjo un resultado inverso.

Notable. Sorprendente. Y para todo historiador que se precie de tal, *increíble*. Y esto último porque, entre otras cosas, podríamos agregar un cuarto gráfico para completar el cuadro, esta vez tomando como base una variable estadística distinta (perfectamente validada): la *tasa de niños huachos* (TNH) en el país. En efecto, entre 1850 y 1930, aproximadamente (economía liberal), de cada 100 niños que nacieron en Chile 37,4 fueron huachos (sin padre o sin madre o sin nadie), que era una de las tasas más altas del mundo. Entre 1938-1973 (economía desarrollista), esa tasa bajó a un 14,3%. Y desde 1973 en adelante (economía neo-liberal), la TNH está sobre el 56%, que es récord mundial absoluto, superior, incluso, a Suecia (que sí es desarrollado). Y no vamos a dar las fuentes precisas, porque Rolf tampoco las dio. Hasta Alfredo conoce este dato. La cuestión que plantea la Historia Social es: ¿de qué nos sirve conocer el optimista modelo teórico PIB 1810-2010 patentado por Rolf Lüders si *todavía* no sabemos qué hacer con nuestros niños? ¿Y para qué la Historia Social se va a enfrascar en construir un modelo algebraico con el fin de explicar la economía del siglo XIX (y todas las que vengan) si lo que le preocupa es responder *por qué* la sociedad chilena ha generado y genera *tantos* niños huachos y *no ha sido ni es capaz* de educarlos e integrarlos plenamente a una sociedad realmente humanizada? ¿Puede el modelo (PIB 1810-2010. RL) explicar este fenómeno y, sobre todo, ayudar a resolverlo?

Un problema no menor es también cómo, sobre qué fuentes confiables, se construyen los modelos algebraicos de la Economía cuando se trata de historia pretérita. Los historiadores sabemos de sobra que para la economía del siglo XIX chileno esas fuentes son escasas, dispersas y poco confiables. Sobre todo, las que se refieren a la *producción* de bienes y servicios (base del PIB). Hay series estadísticas continuas para el comercio exterior a partir de 1844 (donde las cifras de exportación no son confiables, porque allí sumaron, en una misma columna, el valor de las *mercancías* exportadas y el del *dinero* con el que se pagaba el

excedente de importaciones). No hay cifras, salvo aisladas y sólo para algunas regiones, de la producción agrícola. Las cifras del diezmo, que gravaban la producción agrícola campesina (no la terrateniente) están falseadas por los subastadores del ramo. De la producción minera sólo hay cifras de algunos distritos, para períodos cortos. No existe registro alguno de la producción artesanal, salvo de algunos rubros (el textil, por ejemplo) y para algunas provincias en un período corto. Y menos de la producción artesanal de las mujeres campesinas. Por otro lado, los impuestos fueron, normalmente, indirectos, de tasa cambiante. El presupuesto estatal —bien sistematizado desde 1810— no permite calcular producción. Por otro lado, es imposible calcular el ingreso real de los mercaderes nacionales y extranjeros. Los censos industriales aparecen sólo en los últimos años del siglo XIX, etc.

Al revés, las fuentes *cualitativas*, de índole social, cultural, política y económico-social (las mismas que, al parecer, en el modelo de Rolf no prueban nada), abundan, desde todos los ángulos, en todas las perspectivas, aunque —claro— no están seriadas, y concurren con entusiasmo unánimemente a probar lo que demuestra *Mercaderes, Empresarios y Capitalistas*, a saber: que existieron potentes déficit en la balanza comercial; que el sistema monetario, por décadas, sin liquidez real, se llenó de “fichas-salario”, “señas” y bolsones monetarios locales, monopólicos, de dinero ficticio; que la ley de bancos de 1860 y los billetes de banco (tan vilipendiados y malditos por los economistas liberales que han estudiado el período) permitieron un aumento de la liquidez en el mercado interno, la monetización de los salarios, el aumento de la demanda y un desarrollo industrial que permitió ganar la guerra del Pacífico (el desarrollo industrial *precedió* a la guerra, no al revés, como piensa Rolf); que fue la desmonetización mundial de la plata y las consiguientes especulaciones monetarias en oro de los banqueros (y no el déficit presupuestario) lo que desencadenó el proceso inflacionario de fines de siglo (que creció en espiral después de 1910), etc. Y esas fuentes prueban por todos lados, hasta el hartazgo, la “letanía conmisericordiosa” detectada astutamente por Jocelyn-Holt; esto es: la existencia de una pobreza abrumadora y una desigualdad abismal entre los chilenos... etc. Que algún empresario por ahí tenía o no tenía un “afán desmedido de ganancia”, ante la presencia abrumadora de ese fenómeno, es un detalle baladí.

En Historia Económico-Social los procesos económicos reales no son reducidos a un modelo único, universal y matemático que funcione solo, como robot. No. En esta disciplina, el historiador describe el proceso económico atendiendo por igual a los factores cualitativos (subjetivos, sociales, culturales, de intereses, etc.) y a sus reducciones cuantitativas (estadísticas sectoriales, locales, epocales, específicas), tanto causales como secuenciales. Lo que interesa aquí es la ‘razón histórico-social’ que está operando en los hechos. Y esa lógica obedece a motivaciones y genera resultados. Las motivaciones sólo es posible examinarlas en fuentes cualitativas; los resultados, en cambio, *pueden* medirse o explicarse cuantitativamente, pero *también* cualitativamente, pues, si para algunos esos resultados significan satisfacción y placer, para otros, pueden significar exactamente lo contrario. Por eso, para la investigación de *Mercaderes, Empresarios y Capitalistas* se echó mano a todas las fuentes disponibles al alcance (chilenas y extranjeras) y al máximo posible de variables concurrentes a los procesos económicos y sociales bajo estudio. Lo que explica la densidad empírica y la extensión del trabajo realizado.

Ahora bien, si toda esa masa organizada de fuentes *prueba* que los empresarios y capitalistas de este país *no* han sido ni óptimos empresarios *ni* genuinamente capitalistas (razón por la cual no desarrollaron el país como debió ser y generaron, al contrario, enormes bolsones de pobreza), mala suerte para los modelos matemáticos de la econometría liberal. Tendrán que re-considerar, al menos, el peso real de ‘lo cualitativo’ en las cuestiones humanas. Y la Economía *es* una cuestión humana. Y porque muchos economistas no entienden, desafortunadamente, eso, es que *nunca* sus modelos matemáticos han podido predecir (y por tanto, explicar) las *grandes crisis* de la economía mundial. Todas las crisis los han atacado por sorpresa, por el reverso de su modelo, y siempre han debido correr, tras el estampido de la crisis, a sus escritorios, para corregir las ecuaciones... Pero no aprenden. Si no ¿por qué Alan Greenspan, por décadas el máximo *gurú* del mercado mundial, publicó un enorme libro para decir que todo estaba bien, justo una o dos semanas antes que estallara la impensada e incontrolable crisis financiera que se inició el 2008, de la cual no previó *nada*? ¿Y qué están diciendo hoy los modelos matemáticos: habrá que salvar el Mercado, o el Estado, ya que la crisis *no* se va?

Los sujetos sociales de carne y hueso, que son los que estudia la Historia Económico-Social, están en Chile sobre-endeudados con el Mercado (hasta nueve veces su ingreso anual, según *El Mercurio*) y sobre-descuidados por el Estado (pues es el Mercado y no el Estado el que rige su trabajo, su educación, su salud y su futuro) y no parecen interesarse mucho en salvar al uno o al otro, pues prefieren, por ahora, salvarse a sí mismos, como ciudadanos y como sujetos solidarios. Por eso, hasta el momento, salen y desfilan: lo hacen por sí mismos. Mañana *decidirán por sí mismos* lo que harán con el Estado y el Mercado.

No sé si eso lo prevé algún modelo matemático. Pero, ténganlo por seguro: sí se lo dice un viejo historiador.

No resta sino agradecer al Centro de Estudios Públicos (CEP) y a su Director, Arturo Fontaine, la realización del seminario en el que se comentó el libro *Mercaderes, Empresarios y Capitalistas (Chile, Siglo XIX)*, el cual se desarrolló en un ambiente de alto nivel académico e, incluso, cívico, de lo cual es preciso dejar constancia. Agradezco también la simpatía y amistad de Alfredo Jocelyn-Holt, su 'retrato hablado', y la responsabilidad académica de Rolf Lüders. Lo mismo por la posibilidad de publicar estas reflexiones sobre los comentarios críticos a mi trabajo. Gracias.

La Reina, Santiago, 10-12 de junio de 2010. □